

PRÓLOGO

Ricardo Alarcón de Quesada

En la conclusión de *La esperanza destrozada: la revolución guatemalteca y los Estados Unidos 1944-1954*, Piero Gleijeses escribe: *Tal vez algún día continúe el proceso que los Estados Unidos aplastaron en 1954. Tal vez algún día sean posibles las reformas sociales a las que la clase alta y los militares ahora se oponen. Tal vez algún día la cultura del miedo nuevamente deje de prevalecer sobre la tierra de Guatemala.*

Esa tierra, que había sido escenario de una cultura que aún provoca asombro, superior en muchos aspectos a la de los invasores europeos que la aplastaron, conoció después siglos de explotación inícuca y regímenes autoritarios que se sucedieron sin pausa durante la colonia y la república. El decenio antes mencionado fue un breve paréntesis —hermoso, complejo, difícil— en el que el pueblo descubrió la posibilidad de una vida decente y libre. Eisenhower, la CIA y sus testaferros en la oligarquía local se encargaron de transformar brutalmente aquel amanecer en la más despiadada tiranía que practicó el

genocidio e hizo desaparecer a miles de personas, a lo largo de varias décadas.

El pueblo, sin embargo, nunca dejó de resistir y luchar. Una y otra vez se alzó en busca de la libertad perdida y la justicia siempre anhelada. En pocas sociedades ha tenido lugar sublevación semejante, singularmente heroica, generalizada y extendida en el tiempo.

El libro *Somos los jóvenes rebeldes, Guatemala insurgente* nos regala un rico relato de esa historia, concebido —nada más y nada menos— que desde las entrañas mismas de esa valerosa lucha, cuyo autor, también protagonista de esa gesta, primero como combatiente de fila, después como Comandante, nos la entrega con un estilo, franco y directo en un texto que rebosa sinceridad crítica y autocrítica.

Resultaría pretencioso presentar a Pablo Montano ante los lectores guatemaltecos; mucho más, si quien lo hace, no es su connacional, ni tuvo la oportunidad de integrar esa epopeya. Ese propósito se logra por sí mismo en cada página del libro, en que su autor relata los infortunios, vivencias y realizaciones en que resultó envuelto. La tónica prevaleciente en esa enjundiosa obra, es la descripción de los acontecimientos de campaña, incluidos aquellos otros, que desde el exterior de su escenario les influyeron y perturbaron. Como un cubano más, conocí, seguí y admiré la gesta que los luchadores guatemaltecos esculpieron para la historia en la década del sesenta del siglo pasado. Una admiración que tenía raíces en la adolescencia, en la ya lejana escuela secundaria, en la, que la revolución guatemalteca y su trágico desenlace tanto influyó en nosotros.

Como justamente señala Monsanto en sus conclusiones *no hay dos procesos revolucionarios iguales*. En el caso guatemalteco una característica fundamental, que tendría dramáticas consecuencias, fue la relación de dependencia entre el accionar guerrillero y la lucha política entre fuerzas cuya conducción principal estaba en las ciudades. Una complicación adicional en el caso guatemalteco era la presencia en sus filas de quienes reflejaban tendencias antagónicas en el movimiento revolucionario internacional que iban desde la ortodoxia prosoviética hasta el trotskismo posadista. No faltaron tampoco las maniobras electoralistas de una oligarquía que además de sanguinaria demostró astucia y pudo contar con la colaboración, voluntaria o involuntaria, de declarados opositores algunos, incluso, enmascarados tras rótulos “progresistas”.

Las consecuencias las indica el autor: “A casi un año de estar en las montañas de la Sierra de las Minas, en la estrategia adoptada por el mando del Frente Guerrillero Edgar Ibarra, el componente esencial que prevalece en la concepción y en las acciones militares que planifican, es el elemento político, pero este no está dirigido a desarrollar la guerra, sino es usado para influir en la problemática interna del movimiento revolucionario, con el propósito de imponer, por esa vía, su hegemonía”.

Es obvia la supeditación completa de la guerrilla y su accionar militar al Partido Guatemalteco del Trabajo, el que la utiliza como un recurso de presión y negociación política al compás de los acontecimientos e intereses políticos de la coyuntura. La verdad de fondo es que no hay consenso en esta

fuerza en torno a que la guerra sea el vehículo que conduzca a la toma del poder. De ahí que para este partido el desarrollo de la guerrilla, resulte, objetivamente, un estorbo. En tal sentido, las contradicciones y divisiones en el seno del propio Movimiento Revolucionario trascienden letalmente al quehacer político y militar de la guerrilla.

El Comandante Turcios Lima, auténtico revolucionario, excelente militar y líder natural de aquel proceso, no escapó a esa subordinación, una de cuyas expresiones más gráficas y fatales, resultó en la utilización que de la guerrilla se hizo a favor de la candidatura primero y de la estabilidad política después, del gobierno de Méndez Montenegro.

El propio Turcios resultó impulsor y protagonista principal de las contadas acciones ofensivas que tuvieron lugar durante aquellos largos dieciséis meses de campaña. Aunque muy efectivas, en sus resultados militares y políticos, estas terminaban neutralizadas por la falta de continuidad y espaciados períodos en los que esta jefatura estaba ausente del destacamento guerrillero, plenamente involucrada en el quehacer político que tiene lugar en la ciudad. El resto del mucho tiempo disponible transitaba lúgubrementemente, únicamente sustentado en los magros dividendos políticos que ofrecía la existencia de la guerrilla misma y los siempre limitados efectos que aportaba la ejecución de la propaganda armada; la que desarticulada de la acción militar, exponía a la población a los riesgos de la represión. De todo ello nos cuenta en extenso el comandante Pablo Monsanto.

Para el lector, especializado o no en este tema, resultará impactante conocer cómo numerosos hombres permanecen en la montaña por tanto tiempo, bajo las más adversas circunstancias, peligros, sacrificios y una virtual incomunicación con el mundo exterior, incluida la propia familia. Las razones que lo explican, son la conciencia, la fe en la victoria y la mística. Esa convicción fue y es la piedra angular de todo revolucionario. Sin embargo, dichos atributos son condición necesaria pero no suficiente: será indispensable que la causa que se abraza sea viable, que el luchador perciba que tras el largo túnel habita la luz y que todos los días se adelanta aunque sean unos pocos milímetros hacia ese destino. Esa visión de la victoria habilita de garras al combatiente; pero no solo a él, provee al colaborador o a las simples bases campesinas la noción, de que no solo están en presencia de nobles misioneros, sino de guerreros que todo el tiempo lo acercan al poder por el que luchan.

Una fuerza guerrillera que no crece política y militarmente, terminará decreciendo y, como en este caso, extinguiéndose; no por la ausencia de razones políticas o de apoyo popular, sino por la carencia de un proyecto claro para la toma del poder y la estrategia militar correspondiente.

En el recuento que nos ofrece el autor, abundan pinceladas con las que se pasa revista a las más terrenales conductas de los combatientes de este destacamento guerrillero; incluidas faltas a la disciplina, identificando así, con naturalidad y desenfado, los lunares que también portan en la piel los héroes.

No son, precisamente, las exposiciones teóricas o los rigurosos conceptos filosóficos, los atributos principales en el contenido de estas páginas. Sin embargo, resultan numerosas las oportunidades en que su interesante narrativa contiene valiosas referencias conceptuales, que explícita o implícitamente abordan los problemas que aquejaron a la guerrilla y cuyo conocimiento será de perdurable utilidad para los guatemaltecos y otros muchos luchadores en cualquier parte del mundo.

La historia se abre paso por capítulos, no siempre revestidos por el éxito aflorado por sus protagonistas; pero es difícil que en su curso no sobrevenga a su favor la acumulación de logros y de esos mismos fracasos presentes en toda obra humana. Los hechos históricos que acopia Pablo Monsanto en este libro no han resultado inútiles; inspirarán a otras generaciones, que darán renovada continuidad a lo mucho que aún falta por hacer a favor de la justicia social y la dignidad de nuestros países.

La Habana, septiembre 2013